

¡EL EXITO!



IV

Que era mal cómico el pobre Gutiérrez nadie podía negarlo, y así lo demuestran las innumerables gritas que recibió en todas las poblaciones que había visitado; y alguna que otra *expresiva* caricia de que fué objeto por parte del público durante su larga y desdichada carrera artística.

Razón tenía el bueno del autor en desconfiar del éxito de su obra, y por esto mismo se le veía pensativo é inquieto, recorrer todas las depen-

dencias del teatro, entregado á graves y dolorosas meditaciones.

La salvación del drama estaba en aquella hermosa y valiente escena del acto segundo entre la esposa adúltera y el marido ultrajado, que sintiendo desbordarse todo el encono y la amargura que encerraba su pecho, le lanzaba al rostro estos dos versos:

¡Infame, me has engañado,
mis propios ojos lo han visto!

¡Oh! estas frases, estas frases había que decirlas con fuego, con el fuego de la indignación, rugirlas más bien que hablarlas, darles expresión, verdad, demostrar en ellas furor y tristeza á un tiempo mismo; pero Gutiérrez—el mal cómico como le llamaban sus compañeros—era incapaz de expresar todo lo que el autor se

propuso al consignar en la obra estos dos versos.

El invocaba con todo su corazón los espíritus de aquellos grandes actores, cuyos nombres se citan hoy con veneración y respeto, Máiquez, Talma, Romea, Latorre, venid en ayuda de este infortunado actor, prestadle un soplo de vuestra preciosa inspiración á este Gutiérrez de mis pecados, y haced que su voz llegue hasta el público que siempre premia los esfuerzos del que logra conmoverle.

Y devorando sus pesares fué á ocultar su angustia al rincón más oscuro del saloncillo, espacio reducido, formado por tablas mal unidas, que era la antesala al escenario y servía de desahogo al cuarto de los actores.

* * *

14
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CARR. 1625 MONTERREY, MEXICO

Venían á refugiarse toda las noches al saloncillo, las actrices de más baja estofa de la compañía y alguno que otro almibarado jovenzuelo sediento de teatrales aventuras.

En los entreactos, tomaban posesión del grasiento diván forrado de bayeta encarnada—emblema del pudor—que decoraba aquella pieza común, y allí ellas con sus respectivos adoradores al lado, dejando entre sus cuerpos la menor distancia posible, se entregaban á dulcísimas y sabrosas pláticas, interrumpidas casi siempre por la voz del segundo apunte que las llamaba á escena.

Las había para todos los gustos, y algunas de ellas á *cata* como los melones, rubias, morenas, feas, bonitas, ésta abultada de formas, con gran

riqueza de curvas *anteriores* y *posteriores*, aquella seca, lácia, flacucha, llevando impresos en su marchito rostro todos los sinsabores de una vida amargada prematuramente por los fríos horrores de la miseria, y sustituyendo la escasa prodigalidad de la naturaleza con rellenos y postizos que prestaban—aunque de una manera ficticia—un poco de abultamiento á aquel cuerpo que se hubiera desplozado á buen seguro, solamente con el aire que hubiese entrado por cualquier rendija de su cuarto.

Una tuerta presumida y otra coja, completaban el cuadro de beldades teatrales que allí se exhibían á diario, y caso raro, muchas de ellas, aun siendo solteras, iban acompañadas de un pequeño muñequito de carne

y hueso que, con todo ese descaro de la inocencia, las llamaban «mamá» con sus vocecitas atipladas.

Por el saloncillo desfilaban todas las noches multitud de poetas, novelistas, músicos, dibujantes, periodistas, la flor y nata de la gente de lapiz y pluma, deteniéndose un momento delante de aquellas reinas de guardarropía, para combinar la cita del día siguiente ó simplemente para invitarles á una cena, invitación que, dicho sea de paso, era aceptada casi siempre.

Este era el sitio adonde el pobre Muñoz autor del drama que iba á representarse aquella misma noche, se había refugiado; por delante de él pasaban en confuso y abigarrado torbellino de formas y colores, todos los

cómicos que tomaban parte en la representación; el protagonista de la obra, vestido con un pantalón azul subido hasta las rodillas, alpargatas murcianas de negras cintas que se enroscaban á sus delgadas piernas, faja encarnada, la camisa abierta dejando ver la blanca camiseta de punto de media, á la cabeza una boina navarra y al hombro unas cuantas redes que bien podían pasar por simple manojito de cuerdas, se acercó al pobre Muñoz que estaba sumido en un éxtasis doloroso y poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro, le dijo con voz cavernosa y destemplada.

—Vamos, hombre, ánimo, que el momento ha llegado.

Sacudió el autor su enorme cabeza

cubierta de espesas y enmarañadas melenas, afirmó con sus huesudos dedos los lentes que cabalgaban en aquella nariz abundante y afilada, irguió su largo cuerpo que por lo seco y desgarbado parecía un esqueleto cubierto de andrajos, y dijo con tono suplicante y lastimero:

—Por Dios, Gutiérrez, esmérate lo que puedas.

Hizo el gran actor un expresivo movimiento de hombros, salvó la corta distancia que mediaba desde el saloncillo al escenario, y desapareció por la segunda caja de bastidores, dispuesto á dar comienzo á la gran batalla.

Clavado quedó Muñoz en aquel diván rojo, mirando á la escena con ojos de idiota; el telón se había le-

vantado y los actores declamaban sus papeles, sin que el público demostrase aprobación ó desagrado.

El primer acto pasó en el más absoluto silencio; un poquito de más entusiasmo en los cómicos y el hielo estaba roto; un arranque, algo que llegara á las butacas, porque la obra no era del todo mala.

Llegó por fin aquella magnífica escena del acto segundo; Muñoz, que estaba colocado en la primera caja de bastidores, tenía la existencia pendiente de los labios de Gutiérrez; éste, con trágico ademán, se disponía á lanzar á la faz de la esposa adúltera las estrofas que eran la salvación del drama.

Cuando iba á atacar la primera sílaba miró al rojo diván que se desta-

caba en el fondo del saloncillo y su semblante sufrió una completa transformación; con vigor, con valentía, hasta con convencimiento dijo los versos, tanto, que el público hasta entonces impasible, prorrumpió en atronadores bravos y frenéticos aplausos.

Muñoz que estaba loco de asombro, había seguido la dirección de las miradas de Gutiérrez y ¡santos cielos! vió á la esposa de éste abrazándose con el segundo galán joven que hacía un *embolado* en el acto primero.

Radiante, entusiasmado, dichoso, corrió al saloncillo y estrechando con efusión las manos de la adúltera de veras, le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Gracias, señora, habéis salvado mi obra!

LA TARJETA



V

Estaba satisfecho de sí mismo; por fin había conseguido ser dueño de aquella maravillosa hermosura, que se mostraba en todas partes segura de su éxito, con el soberbio desdén de una reina que no teme ser destronada.

Entre sus finísimos y bien cuidados dedos, sujetaba la pequeña tarjeta y posaba la vista para ver, quizá por centésima vez, aquel pedacito de cartulina, que en una de sus esquinas, tenía grabadas las armas nobiliarias de una familia de ilustre abolengo.

Más abajo, junto al nombre adorado, de aquel precioso nombre, objeto por espacio de mucho tiempo de todos sus afanes, dos líneas trazadas con mano nerviosa, una letra de largos perfiles que denunciaban bien á las claras su procedencia femenina, y unas pocas frases que, en su lacónismo, encerraban larguísima historia de amorosos deseos no satisfechos.

«Venid mañana á las doce; mi esposo está de elecciones *con varios amigos.*»

Abrió Emilio el elegante tarjetero de piel de Rusia, é introdujo en una de sus divisiones la amorosa misiva, portadora de la felicidad que ambicionó largo tiempo.

* * *

Jugaban á la desesperada; la raqueta del banquero, ese fatal instrumento de madera que arrastra detrás de las monedas, la alegría, y la honra muchas veces, de infinitas familias, funcionaba aquella noche con rapidez vertiginosa; las pupilas dilatadas, semejantes á las del que muere por asfixia, seguían todos sus movimientos, como si quisieran atraer otra vez, por medio de una combinación hipnótica, aquellos pedazos de metal acuñado, que iban poco á poco á confundirse con las pilas de oro de la banca.

Ni una frase, ni una blasfemia, aunque los labios estaban preñados de ellas. ¡Ah! hubiera sido de malísimo gusto: las gentes de la buena sociedad tienen que justificar siempre lo que son; podrán arrebatarse la

existencia inclusive, pero sin que el dolor moral se manifieste nunca por medio de signos exteriores.

El conde había perdido hasta su última peseta: con una frialdad estóica, guardando en los bolsillos de su levita la petaca y el pañuelo que al principio de la sesión colocó sobre el tapete, abandonó su puesto, con la muda desesperación de un vencido en el innoble palenque del vicio, para ir, sin duda, á ocultar su derrota al fondo oscuro de algún saloncillo poco concurrido.

Al cruzar los billares con paso firme y sereno, tropezó con varios amigos que hacían carambolas entre copa y copa de *champagne*, é invitado, tuvo que detenerse y aceptar el obsequio que le ofrecían.

—¿Qué tal, conde, habéis estado de vena?

—No, ni mucho menos; he perdido algunos miles de pesetas.

—¡Diablo! Pues nada, no os preocupéis, y venid luego á cenar con nosotros. Y, á propósito, os presento á D. Emilio Alvarez, uno de nuestros primeros *sportman* y adorador tenaz y acérrimo del bello sexo; es de los comensales.

* * *

Se respiraba una atmósfera densa, producida por el humo de los cigarrros, en aquella habitación reducida.

Circulaba el *champagne*, que, desbordándose de la copa convertido en blanquísima espuma, empapaba el mantel adamascado, confundiéndose

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO CASTELLANOS
MEXICO, D.F. 1952

con las salpicaduras de grasa de los platos vertidos.

Sobre el mullido diván descansaban *ellas*, luciendo todas sus encantos y perfecciones; y ellos, vacilantes, con la mirada incierta, rojos, próximos á la congestión, el chaleco desabrochado y la pechera manchada, servían vino, que iba á parar á la alfombra la mayor parte de las veces.

Por las rendijas del balcón, mal cerrado, se filtraba importuna la claridad del día, y allá á lo lejos, sonaban las alegres campanillas de las burras de leche, que iban repartiendo la salud á domicilio.

Alguien propuso que terminara la *juerga*: abandonó *Juanillo* la guitarra, pasó sus groseras manos á lo largo de los muslos para deshacer las arru-

gas del pantalón, y salió, llevando en la mano un billetito, en pago de unas cuantas seguidillas gitanas que había entonado durante la noche.

Las *bacantes* cubrieron sus formas, y los caballeros, lacios y tristes, abandonaron también la habitación, llevando impresas en el rostro las señas de la orgía.

Ya en la calle, dijo Emilio:

—Dispensad, conde; se me olvidaba...—Y, sacando una tarjeta, la entregó al que se disponía á hacer lo mismo.

—Aquí tenéis las señas de vuestra casa, y el nombre de un amigo que siempre...

No terminó la frase: el conde, que había fijado sus ojos en la cartulina, lanzó un rugido, y precipitándose

sobre el joven, le cruzó la mejilla.

Intervinieron los amigos, y se concertó un lance en aquel mismo momento.—A la Casa de Campo—dijeron, y rodaron los coches de punto hacia el sitio indicado.

Emilio, que todavía no se explicaba lo ocurrido, sacó de repente la cartera, y vió con asombro que había entregado inadvertidamente la tarjeta de la esposa infiel al marido engañado.

* * *

Ocho días después, la *inconsolable* viuda iba á distraer un poco su dolor á la capital de Francia.

En Hendaya la aguardaba Emilio, y juntos partieron.



